

EDUCATIONIS MOMENTUM

Vol. 10, n.º 1, 2024, pp. 35-57, ISSN (online): 2517-9853

<https://doi.org/10.36901/em.v10i1.1654>

Retos para educar a los jóvenes de hoy: luces desde la
obra *A los adolescentes* de Basilio de Cesarea*

Challenges in Educating Today's Youth: Teachings from
Basil of Caesarea's *Oratio ad adolescentes*

Juan D. VELÁSQUEZ MONSALVE

Colegio Sagrado Corazón Montemayor, Envigado, Colombia

rectoria@montemayor.edu.co

 <https://orcid.org/0000-0003-2529-9646>

Recibido: 2024.04.29

Aprobado: 2024.10.30

* Una versión embrionaria de este ensayo se presentó en el Congreso Latinoamericano y del Caribe de Estudios Patristicos «Desde las fuentes del cristianismo, iluminar nuestro presente», realizado en la Universidad Pontificia Bolivariana, en Medellín (Colombia), del 27 al 29 de septiembre del 2023.

Resumen

La educación de los jóvenes siempre ha sido un reto frente al cual, cada cultura y en cada momento de la historia, la humanidad ha necesitado detenerse y reflexionar para poder cumplir mejor su misión. Para san Basilio, obispo de Cesarea durante el siglo IV d. C., la pregunta sobre cómo educar y ayudar a que los jóvenes se encuentren con el Evangelio, constituyó un reto inmenso, al que quiso responder. Alrededor del año 370 d. C. san Basilio escribe su obra *Ad adolescentes*, en ella busca aconsejar a los jóvenes para ayudarlos a cultivarse mejor. En esta obra Basilio les recuerda a los jóvenes a los que escribe cuál es la finalidad de la educación, y teniendo en cuenta dicha finalidad cuál es el camino a recorrer. Para el padre capadocio el fin último de la educación tiene íntima relación con la «preparación de la otra vida» (II, 2). Ante dicho reto, la necesidad de seguir un proceso que «entrene el ojo del alma» (II, 7) y que ayude al «cuidado del alma» (II, 8) para que «la doctrina del bien quede imborrable» (II, 9) se presenta como un camino muy importante a recorrer. San Basilio presenta una vía que supone un intento de diálogo entre la *paideia* griega y el cristianismo, y que implica buscar en las enseñanzas de los autores clásicos todo aquello que ayude a la perfección del alma y a lograr la virtud. Mientras algunos padres rechazaron la posibilidad de dialogar con la cultura y la filosofía clásica, Basilio propone buscar en ella y aprovecharla en todo lo que pueda ser útil para la educación de los jóvenes. Frente a los retos que el mundo de hoy plantea a los educadores, Basilio de Cesarea ayuda a reflexionar sobre la importancia de tener muy claro el fin último de la educación, la necesidad de velar por el cuidado del alma de cada uno de los jóvenes a los que ayudamos en su formación, así como de la importancia del camino de la virtud.

Palabras clave: san Basilio, Padres de la Iglesia, *paideia* griega, educación, cuidado del alma, virtud

Abstract

The education of young people has always been a challenge in every culture and moment in history in which humanity has needed to stop and reflect to fulfill its mission better. Saint Basil, bishop of Caesarea during the 4th century AD, felt committed to responding to how to educate and help young people encounter the truth of the Gospel, which he found to be an immense challenge. Around 370 AD, Saint Basil wrote *Oratio ad Adolescentes*, where he sought to advise young people to help them cultivate themselves better. In this work, Basil reminds young people about the end of education and how this end shows the path to follow. For the Cappadocian Father, the ultimate goal of education is closely related to the «preparation for the other life» (II, 2). Faced with this challenge, the path is marked by the need to follow a process that «trains the eye of the soul» (II, 7) and that helps «care of the soul» (II, 8) so that «the doctrine of good remains indelible» (II, 9). Saint Basil presents a way that attempts to start a dialogue between the Greek *paideia* and Christianity. This means exploring whatever helps the perfection of the soul and the achievement of virtue within the teachings of classical authors. While some Fathers rejected the possibility of conversing with the classical culture and philosophy, Basil claims searching and taking advantage of it in everything that can benefit young people's education. Faced with the challenges that today's world poses to educators, Basil of Caesarea helps us to reflect on the importance of having clarity about the end of education and the need to ensure the care of the soul of each young person that we help in their training, as well as the importance of the journey towards virtue.

Keywords: Saint Basil, Fathers of the Church, Greek *paideia*, education, care of the soul, virtue

Cuando una persona asume la misión de educar a las nuevas generaciones se enfrenta a diversos retos. Por un lado, los desafíos propios de las características de los niños y jóvenes a quienes tiene enfrente, de cada etapa de su desarrollo, de cada cultura, de cada escuela. Por otro lado, se enfrenta a los retos concernientes a cada época. Vale la pena resaltar que el conocimiento y la reflexión de cada una de esas características y retos enriquecen la labor del educador en cuanto que le permite conocer mejor a la persona y, por lo tanto, poder llegar mejor a ella. No se educa en masa, se educa a la persona, por lo tanto conocerla y reflexionar sobre su identidad y su entorno se convierte en algo fundamental. En este sentido la reflexión sobre el ambiente filosófico, teológico, antropológico y cultural en el cual están inmersos maestros y discípulos les permite a aquellos responder mejor a su labor.

Usando el método de investigación documental el presente trabajo rastrea varias miradas que, desde diversos campos del conocimiento, se han hecho sobre nuestro tiempo y sobre la misión educativa, así como los retos a los que se enfrenta la educación. Esta vista panorámica sobre la educación y sus retos se sintetiza en una expresión tomada de Benedicto XVI que ayuda a describir la situación actual: la emergencia educativa. En segundo lugar, mediante la lectura, el análisis y una interpretación de la obra *Ad adolescentes* de san Basilio de Cesarea se pretende mostrar cómo los análisis que el padre capadocio realizó para ayudar a los jóvenes de su tiempo a que enfrentaran los retos propios de ese momento, pueden dar algunas luces para responder a los nuestros.

El artículo presenta la siguiente estructura: se expone el problema de la educación en nuestro tiempo, al que se llama «emergencia educativa». Dicha exposición se realiza desde diversas miradas que permiten comprender la complejidad del asunto: desde Maritain y Postman, el olvido de los fines de la educación debido a la proliferación de medios y métodos; desde Nussbaum y Pring, el olvido de las humanidades debido a la mirada utilitarista y economicista; y desde Barrio Maestre, el olvido del ser debido al pensamiento y la mirada nihilista que ha permeado nuestra sociedad; luego se introduce a san Basilio y se presentan algunos puntos esenciales de su pensamiento expresados en su obra *Ad adolescentes*. Durante la presentación de los principales puntos de *A los adolescentes* se pretende mostrar cómo el pensamiento de Basilio de Cesarea ayuda a responder a los retos a los que se enfrenta la

educación en nuestro tiempo. En tercer lugar, se resaltan algunas actitudes muy propias de quien educa, que Basilio va señalando en su exposición y que pueden presentarse a los maestros y educadores de hoy para un mejor despliegue de su misión. El artículo concluye evidenciando que, frente a los retos que plantea la «emergencia educativa» actual, el pensamiento de san Basilio permite asumir posturas que responden a los desafíos actuales.

La emergencia educativa de nuestro tiempo

Podemos decir que la educación constituye una de las labores más importantes y relevantes de la sociedad. A lo largo de su historia, el ser humano ha encontrado la manera de transmitir no solo un puñado de conocimientos adquiridos, sino que mediante las instituciones educativas ha buscado legar a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la vida, así como los principios y fundamentos sobre los cuales edifica su existencia. Sin embargo, aunque hoy en día tenemos muchos recursos y avances al servicio de la labor educativa: tecnología, conectividad, recursos materiales, avances en ciencias como la psicología y la neurología, etc., no deja de llamar la atención que, desde hace algunos años, diversas voces hablan de los grandes retos de la educación en la actualidad e incluso muchos se atreven a hablar de una verdadera crisis educativa en el mundo actual.

Desde el ámbito de la filosofía, de la pedagogía, de la sociología y de la teología diversos pensadores han hecho referencia a los retos de la educación en nuestro tiempo y han venido llamando la atención sobre la llamada «emergencia educativa». Sin pretender abarcarlos a todos, vale la pena resaltar algunas de las opiniones al respecto: el filósofo francés Jacques Maritain, durante la primera mitad del siglo XX, habló de la encrucijada en la que andaba la educación a causa del olvido de los fines de su labor. Muy consciente de los retos que se venían presentando para el cumplimiento de la misión educativa, en una sugerente reflexión en la universidad de Yale, durante un ciclo de conferencias pronunciadas entre 1943 y 1944, Maritain hacía hincapié en la importancia que tenía para la educación no perder de vista los fines de su misión. Advertía el filósofo que, ante el crecimiento y perfeccionamiento de las herramientas y los medios por los cuales se educa, se corría el riesgo de perderse en ellos y olvidar el fin; y decía que:

[...] si los medios son queridos y cultivados por amor a su propia perfección y no como simples medios, en esa misma medida dejan de conducir hacia el fin y el arte pierde su energía práctica. Su eficacia vital es reemplazada por un proceso de multiplicación infinita y cada medio se desarrolla por sí mismo, y abarca por su propia cuenta, un campo cada vez más extenso. Esta supremacía de los medios sobre el fin y la consiguiente destrucción de todo propósito seguro y de toda eficacia real, parecen ser el principal reproche que se puede hacer a la educación contemporánea. (Maritain, 2003, p. 15)

No es que los medios sean malos o que su desarrollo sea poco importante, el problema, como bien lo deja evidenciado el filósofo francés, es que la preocupación constante por el perfeccionamiento de los medios haga perder de vista el fin último de la educación, «de ahí la debilidad sorprendente de la educación actual. Debilidad causada, por una parte, por el apego a la perfección misma de nuestros medios y métodos de educación y, por otra parte, por nuestra incapacidad para acomodarnos a su fin» (Maritain, 2003, p. 15). No sin cierta ironía el pedagogo norteamericano Neil Postman (1999), refiriéndose al mismo asunto, apuntaba que «hubo un tiempo en el que los educadores se hacían famosos por su capacidad para proporcionar motivos para aprender; ahora lo hacen por su capacidad para inventar métodos» (p. 39). Desafortunadamente la pérdida del horizonte en el mundo de la educación es cada vez más evidente. El olvido de los fines de la educación y las ideas erróneas acerca de dicho fin, es decir, los planteamientos equivocados sobre la misma identidad y misión de la labor educativa, como hemos visto, hacen parte de la actual «emergencia educativa».

Por otro lado, la filósofa norteamericana Martha Nussbaum (2010) ha realizado un amplio análisis y una crítica muy importante al fenómeno contemporáneo del énfasis en una «educación para el crecimiento económico» (p. 30) y a la pérdida de importancia y del abandono sistemático de las humanidades en la educación, así como de las consecuencias negativas a las que dicha renuncia lleva:

[...] la educación para el crecimiento económico mostrará cierto grado de desprecio por ambas [el arte y la literatura], ya que a simple vista no derivan en el progreso económico de la persona ni de la nación. Por ese motivo, los programas relacionados con las artes y las humanidades

están sufriendo recortes en todo el mundo, para dar lugar al desarrollo de la técnica. (Nussbaum, 2010, p. 45)

También ante dicho evento, Neil Postman (1999) advertía que «toda educación que se centre principalmente en la utilidad económica, resultará demasiado limitada como para ser de utilidad» (p. 44). En esta misma línea de pensamiento Richard Pring (2016), quien fuera director del Departamento de Educación de la Universidad de Oxford, enseña que parte de la crisis en la educación actual consiste en la reducción de su misión a los criterios utilitarios y economicistas de la sociedad contemporánea; afirma el profesor Pring que dicha visión del mundo y de la educación:

[...] con su lenguaje utilitarista, olvido de las deliberaciones de carácter ético, su desprecio hacia la filosofía, su visión del aprendizaje reducida a alcanzar una serie de objetivos establecidos por terceros, y la identificación entre desarrollo personal y eficacia, destruye el ideal de la educación liberal y tiene como efecto el empobrecer las aspiraciones propias de ideal de la educación. (p. 26)

Cuando la institución llamada a transmitir los valores fundamentales de la existencia a las nuevas generaciones trastoca los valores, deja a un lado lo esencial y se centra en la utilidad económica, podemos concluir que estamos ante una verdadera emergencia educativa.

Para explicar la emergencia educativa actual, José María Barrio Maestre (2005) señaló que la crisis en la educación se debe a que el pensamiento nihilista se ha instaurado en occidente, y afirmó que «con el escepticismo relativista no se puede educar» porque «un educador tan solo transmite algo desde la convicción [...] de que eso merece ser transmitido» (p. 163).

Dicha situación puede constatarse en la perplejidad en la que se debaten hoy muchos educadores, que subjetivamente se sienten llamados a educar en un contexto socio-cultural profundamente deseducativo. Dar referencias de sentido en el proceloso mar del sinsentido, a no pocos profesionales de la educación [...] se les hace demasiado cuesta arriba. (Barrio Maestre, 2009, p. 14)

Barrio Maestre (2008) también llama la atención sobre el hecho de que la educación corre el peligro de perecer en el océano de la sinrazón y del puro sentimentalismo.

La profesora sueca Inger Enkvist (2014), al explicar el mismo evento educativo, advierte sobre los retos de educar en la época del vacío y el consumismo. Enkvist (2012) también hace énfasis en la pérdida del valor del maestro en el contexto social y educativo actual y, ante ello, plantea como respuesta la importancia de rescatar su labor.

En el discurso a la UNESCO pronunciado por Juan Pablo II en 1980, el papa polaco afirmaba la existencia de una falta de confianza en la propia humanidad que se plasmaba en la visión de una educación preocupada por la mera instrucción y, por lo tanto, una educación que no cumplía su misión. Juan Pablo II señaló, en ese momento, que a dicho fenómeno se le podría llamar la «alienación de la educación» y que tenía por característica que «en lugar de obrar en favor de lo que el hombre debe “ser”, la educación actúa únicamente en favor de lo que el hombre puede crecer en el aspecto del “tener”, de la “posesión”» (Juan Pablo II, 1980).

El papa Benedicto XVI, en el año 2007, se refirió al asunto de la educación en nuestro tiempo y señaló que:

En realidad, hoy cualquier labor de educación parece cada vez más ardua y precaria. Por eso, se habla de una gran emergencia educativa, de la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia, y se puede decir que en todos los demás organismos que tienen finalidades educativas. (Benedicto XVI, 2007)

Y al año siguiente, en un mensaje específico a la Diócesis de Roma que explícitamente titula «Sobre la tarea urgente de la educación», afirmó: «Se habla de una gran emergencia educativa, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida» (Benedicto XVI, 2008).

En este recorrido que acabamos de realizar, hemos repasado el pensamiento y escuchado las voces de pensadores diversos, que incluso en algunos casos se ubican en orillas del pensamiento muy distintas. De todos ellos rescatamos el llamado que hacen y la voz de alerta que levantan ante la situación de la educación en nuestro tiempo. Han resaltado el olvido de los fines, la casi exclusiva preocupación por los medios, la ausencia de valores, el olvido de las humanidades, la centralidad de la utilidad y los criterios economicistas, el nihilismo filosófico, el vacío y el consumismo, la pérdida de relevancia del maestro, entre otros. En fin, llama la atención que sean tantos los que vienen alertando sobre tan urgente asunto.

Todos estos análisis de la realidad y de la educación conducen a sostener que vivimos en nuestro tiempo una particular y delicada situación educativa. Podríamos afirmar, tratando de unir las diversas visiones y análisis que hemos visto, que dicha emergencia o crisis en la educación se funda en las bases del relativismo filosófico y ético de la postmodernidad, que conduce a la pérdida del horizonte de lo propio del ser humano y, por lo tanto, de los fines de la educación, llegando así a la vivencia de una educación y de una escuela gobernadas por el mundo de lo pragmático y de la utilidad económica, en la cual no interesa aquello que no esté orientado a ello, como las humanidades y las artes. De esta manera, al ser humano se le niega la posibilidad de encontrarse con la realidad y de acceder al conocimiento de lo real, condenándolo, como en el conocido mito de Platón, a permanecer en las profundidades de la caverna, en la cual, como se dice en el libro VII de *La República*, permanecen los hombres que no habían recibido educación y que no habían tenido posibilidad de encontrarse con la luz del sol que iluminaba la realidad.

Durante los primeros siglos de nuestro tiempo, después de la encarnación de Cristo, los llamados Padres de la Iglesia se enfrentaron a diversos retos propios de su tiempo y de la geografía en la que vivían. También ellos afrontaron el desafío de la educación de la juventud en medio de un mundo asediado por diversas posturas filosóficas y teológicas que ponían en riesgo la verdad; por el escepticismo «que negaba radicalmente toda filosofía pasada y presente y, dando un paso más allá, declaraba su completa abstención de toda declaración positiva acerca de lo verdadero y lo falso» (Jaeger, 2020, p. 61). Se enfrentaron al dilema de si asumían la tradición clásica o si se oponían y

refugiaban de ella. ¿Podía ser compatible la riqueza del Evangelio con el mundo clásico grecorromano? ¿Eran opuestas las humanidades clásicas con el cristianismo? ¿Qué actitud tomar frente a la tradición educativa en la que muchos de ellos habían sido formados antes de su conversión al cristianismo? ¿Se podía formar a los jóvenes cristianos en esta tradición?

De ellos podemos extraer muchas enseñanzas que pueden dar luces para asumir los retos que se plantean en la actualidad. No se trata de asumir todo lo que enseñaron y hacer una especie de *copiar y pegar*, de lo que se trata es de comprender la vitalidad y creatividad de sus respuestas ante los inmensos retos que vivieron. Su santidad y ejemplo de vida, y su búsqueda de soluciones creativas y coherentes a la fe que profesaban, nos arrojan muchas luces a los desafíos y a las nuevas luchas a las que los educadores del siglo XXI nos enfrentamos.

En concreto, san Basilio de Cesarea nos presenta un camino a recorrer que implica buscar en las enseñanzas de los autores clásicos todo aquello que ayude a la perfección del alma y a lograr la virtud. Mientras algunos Padres de la Iglesia rechazaron la posibilidad de dialogar con la cultura y la filosofía clásica,¹ Basilio propone buscar en ella y aprovechar todo lo que pueda ser útil para la educación de los jóvenes. Frente a los retos que el mundo de hoy

1 En la *Didascalia apostólica*, un texto del siglo II, se formula la oposición tajante entre el cristianismo y la cultura clásica, en ella se dice textualmente que el cristiano debe «abstenerse completamente de los libros paganos» (I, 6, 1-6). En esa misma línea de pensamiento encontramos a Taciano de Asiria (110-172), quien se educa en Roma en la escuela fundada por san Justino. Tiene una visión muy distinta a la de su maestro, pues para él no existe ningún lazo entre la *paideia* griega y el cristianismo. En su obra *Discurso a los griegos* expresa su radical oposición a la cultura griega, y a todo el conjunto de sus manifestaciones: medicina, filosofía, arte, etc. Para Taciano los griegos «inventaron el arte de la retórica para ponerlo al servicio de la injusticia y de la calumnia» (1996, I). También comparte esa postura Tertuliano (160-220), quien plantea de entrada una clara y tajante oposición: «¿Qué hay de común entre Atenas y Jerusalén, entre la Academia y la Iglesia?» (*De praescriptionibus haereticorum*, 7), y rechaza el apoyo que la razón pueda darle a la fe. Por ello considera innecesario todo acercamiento a la *paideia* griega. Tertuliano les prohíbe a los cristianos enseñar porque consideraba que dicho acto era contrario a la fe que profesaban. Otro ejemplo de oposición a la *paideia* griega lo podemos ver en san Jerónimo (342-420), quien adopta una posición de rechazo y contraria a la enseñanza y al contacto con las obras clásicas griegas. Para Jerónimo, el niño «no debe aprender a decir ni debe oír nada más que aquello que corresponde al temor de Dios» (*Ad laetam de institutione filiae*, IV); tampoco debe tener contacto con la música, «ha de ser sorda a todos los

plantea a los educadores, Basilio de Cesarea ayuda en la reflexión sobre la importancia de tener muy claro el fin último de la educación, la necesidad de velar por el cuidado del alma de cada uno de los jóvenes a los que ayudamos en su formación, así como de la importancia del camino de la virtud.

Basilio de Cesarea: educador

Basilio nace hacia el año 330 en la ciudad de Cesarea, capital de Capadocia (en la actual Turquía), en el seno de una familia influyente y culta. Recibió una formación cristiana por parte de su abuela Macrina, quien a su vez había conocido el cristianismo por la predicación de Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes. Basilio realizó sus estudios superiores en Constantinopla y Atenas, donde entabló amistad con san Gregorio de Nacianzo. Ambos «pasaron por el curriculum ordinario, que incluía las artes liberales, la retórica y la filosofía, basado todo ello en amplias lecturas de los antiguos» (Jaeger, 2020, p. 103). En el 356 regresa a Cesarea para ejercer como profesor de retórica, pero en el 358, año de su bautismo, viaja a diversos centros monásticos cenobitas y anacoretas de Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Después de recibir el bautismo decide irse a Annesi, en el Ponto Euxino, junto al río Iris, donde reúne una comunidad monástica. Allí escribe las *Reglas Morales*, una invitación a la vida ascética del cristiano, y luego las *Reglas*, que le han valido el título de padre del monacato oriental.

En el 364 es ordenado sacerdote y consagrado obispo por Eusebio, obispo de Cesarea, a quien sucederá seis años más tarde en el puesto de servicio. Basilio muere alrededor de los cincuenta años de edad, el 1 de enero del 379, después de un gran servicio a la Iglesia universal y al rebaño encomendado. «Su doctrina sobre la Trinidad tiene un gran interés por haber contribuido, muy significativamente, al esclarecimiento de la terminología teológica trinitaria usada en las controversias de su época» (Ramos-Lissón, 2005, p. 257).

En el año 370 aproximadamente, siendo ya obispo de Cesarea, Basilio escribe la obra *A los adolescentes: Cómo sacar provecho de la literatura griega*, destinada a sus sobrinos, que, como él, frecuentaban la escuela clásica. En esta obra, según el profesor Domingo Ramos-Lissón (2005), «ofrece como

instrumentos musicales, y jamás tiene por qué saber cómo nacieron la flauta, la lira y el arpa» (ídem, VIII).

criterio seleccionar las lecturas de los autores clásicos excluyendo aquellas que resultaran contrarias a las verdades de la fe cristiana» (p. 257). Basilio invita a aprovechar la literatura griega en todo aquello que nos conduzca a la virtud. Esta actitud la entiende como un ejercicio propedéutico para poder conocer la verdad plena de las Sagradas Escrituras. Con Basilio se evidencia la actitud de un gran sector de los Padres de la Iglesia frente a la *paideia* griega, «los padres orientales, que han aprovechado abundantemente la filosofía clásica para sus construcciones de filosofía cristiana, son en general favorables al mantenimiento del tipo de educación clásica integrada con la educación cristiana» (Abbagnano & Visalberghi, 2010, p. 140). Vale la pena señalar que otros expertos en el mundo clásico como Henri-Irénée Marrou (2004) ofrecen una mirada distinta frente a la actitud de Basilio y su escrito a los adolescentes. Para el autor francés, no debemos buscar en este texto un tratado formal sobre la utilidad del estudio de los clásicos, sino que debe entenderse como «una homilía sobre el peligro que éstos encierran, y sobre la manera de vencer tal peligro, ya sea interpretando a los poetas a la luz de la moral evangélica, ya sea haciendo en su repertorio una rigurosa selección» (p. 437).

Para nuestro trabajo no asumiremos la postura de Marrou, sino que más bien seguiremos las posturas de autores como Werner Jaeger, James Bowen, Nicola Abbagnano, Domingo Ramos-Lisson y Francisco Antonio García Romero, entre otros, quienes sostienen la mirada positiva y reconciliadora de san Basilio frente a la *paideia* griega. Es importante resaltar que esta obra de san Basilio ha marcado un hito muy importante dentro de la historia de la pedagogía y se la ha catalogado como un modelo de humanismo cristiano. La profesora y traductora de la obra de Basilio, T. Martínez Manzano (1998) afirma que: «El ensayo ejerció una influencia sin precedentes en la historia de la educación —trata, en efecto, un tema relevante en la historia de la cultura europea—, ya sea como guía y defensa del estudio de la literatura de los gentiles, ya como lectura cristiana».

Enseñanzas desde la carta *A los adolescentes*

La obra tiene un tono personal y familiar. Basilio escribe a sus sobrinos para orientarlos sobre cuál es la mejor manera de aprovechar su formación. Les habla desde el corazón y les escribe con un tono paternal, en el que expresa

el deseo de mostrarles «el más seguro de los caminos» (I, 2). Su autoridad se basa en estos dos pilares: «la experiencia de las cosas humanas» (I, 2) y el amor y el cariño que les tiene «que no es en nada menor al de vuestros padres» (I, 3).

Basilio asume y respeta la libertad de los jóvenes a los que escribe. No busca imponerles unas normas preestablecidas, sino que les presenta con argumentos lo que considera más adecuado, y deja que ellos libremente lo asuman. Eso sí, les recuerda lo que dijo Hesíodo en su obra *Trabajos y días*: es bueno seguir las indicaciones y los consejos de otros (I, 4).

Basilio les cuenta su testimonio personal: en la enseñanza clásica, en la *paideia* griega, él ha descubierto cosas de bastante provecho. Sin embargo, no se debe asumir todo de manera acrítica, sino que se debe aprender a discernir cuáles son las cosas de gran valor y provecho y cuáles no. De ahí que el gran consejo de Basilio es este: «no debéis seguir sin más a estos hombres allí adonde os guíen, como confiándoles el timón de la nave de vuestro discernimiento, sino que, aceptando cuanto de ellos es útil, sepáis también qué es preciso descartar» (I, 6). Para este discernimiento, de ayer y de hoy, resaltamos los siguientes planteamientos:

Tener claridad sobre el fin último del ser humano (II, 1 - VIII, 4)

Afirma Basilio que «en nuestras esperanzas vamos más lejos y todo lo hacemos en preparación de la otra vida» (II, 2) y remarca: «Así, lo que contribuya a que la alcancemos, decimos que hay que quererlo y perseguirlo con todas nuestras fuerzas y lo que no se dirija a ella descartarlo como algo sin valor» (II, 3). Para san Basilio el horizonte es claro. El fin último del hombre es el cielo, la vida eterna y el encuentro con Dios. Por ello la preocupación por los antepasados ilustres, la fuerza física, la belleza, la estatura, los honores e incluso la realeza son preocupaciones de poca importancia. Lo que realmente vale la pena es cumplir la vocación humana por excelencia, buscar el encuentro fundante de nuestra vida: el encuentro con Dios.

«La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser» (Jaeger, 1996, p. 19). Toda concepción de la educación se afina en una determinada visión del ser humano y de sus fines, de ahí la importancia y la potencia de la afirmación de Basilio. Podemos

afirmar con certeza que, para hablar de educar y formar personas sólidas en los valores fundamentales de la vida, capaces de orientar su vida basados en el bien, encaminados en la búsqueda de la verdad, la bondad y la belleza, y con capacidad de servir y ayudar a los demás, se tiene que tener una visión muy particular sobre el ser humano y su fin último. Se necesita una visión esperanzada y realista como la expresada por el obispo de Cesarea. En esta misma línea, el pedagogo español José María Barrio Maestre (2009) señalaba que «quien educa lo hace desde una concepción antropológica exigente, que entiende que hay formas de ejercer como ser humano objetivamente preferibles a sus contrarias» (p. 121).

Es muy distinto educar a los jóvenes teniendo como horizonte de vida el éxito social o económico, que hacerlo teniendo la mirada puesta en la meta final; muy distinta es la práctica pedagógica si lo que se busca formar es un gran maestro de la retórica o, por el contrario, a un ser humano integral. Para Basilio es imposible que no exista una finalidad en la vida humana y si esta se pierde de vista la consecuencia no es neutra, sino que es inmensa y terrible. Si no hay finalidad eterna entonces lo que queda es «parecerse en todo a los irracionales» (VIII, 4), «seríamos sencillamente naves sin lastre, sin intelecto alguno sentados al timón de nuestra alma y llevados sin rumbo a lo largo de la vida dando vueltas de arriba abajo» (VIII, 5). Una educación que no considere el fin último del ser humano es una educación que empobrece, que no permite el despliegue y el florecimiento de la persona. Vale la pena recordar que el maestro debe tener claridad sobre el fin último, pero también educar a los niños y jóvenes en ello. El maestro está llamado a colaborar para que sus alumnos eleven también la mirada y contemplen la dignidad de su ser.

El cuidado del alma (II, 8 - IV, 3 - IX, 1ss)

Basilio llama a «familiarizarse» con todo y todos aquellos que ayuden a obtener «alguna utilidad para el cuidado del alma» (II, 8). Este llamado al cuidado del alma evoca a Platón, quien decía que la misión de su maestro Sócrates consistía en persuadir a jóvenes y viejos «a no ocuparos ni de los cuerpos ni de los bienes antes que del alma ni con tanto afán, a fin de que ésta sea lo mejor posible» («Apología», 29b). También dice Basilio que: «Hay que guardar el alma con absoluto cuidado, no sea que por la placentera seducción de las palabras recibamos inadvertidamente cosas malas» (IV, 3).

Basilio tiene una mirada dual del ser humano. Somos cuerpo y alma, y como hijo de su tiempo, si bien no tiene una mirada excesivamente negativa sobre el cuerpo, sostiene que «el alma es en todo máspreciada que el cuerpo» (II, 6). De lo que se trata es que el alma esté libre de las ataduras de las pasiones. Dice:

[...] al alma hay que dispensarle las mejores atenciones, liberándola por medio de la filosofía de esa como cárcel que le supone su comunión con las pasiones del cuerpo, y a la vez también haciendo al propio cuerpo más fuerte que las pasiones. (IX, 2)

Se evidencian en su postura ecos de la visión órfico-pitagórica del cuerpo como cárcel de alma, pero se nota una postura distinta, menos negativa del cuerpo. Tanto el alma como el cuerpo deben liberarse y ser más fuertes que las pasiones desordenadas.

Para cuidar el alma se debe cuidar también el cuerpo y hacerlo más fuerte que las pasiones. Por otro lado, se debe proteger al alma de los malos ejemplos. Basilio sostiene que, en la lectura de los autores clásicos, hay que rescatar los ejemplos que edifican. Por el contrario, son malos ejemplos para el alma: «quienes presentan a personajes que insultan o se burlan, o son amantes carnales o están borrachos, o cuando restrinjan la felicidad a una mesa» (IV, 4), a los que se refieren mal a los dioses y cuentan peleas entre hermanos o progenitores. En esta postura la fuente platónica es muy evidente. Platón expulsa de su República a todos los autores que promuevan falsedades sobre los dioses, porque tratándose de los niños «en esta edad su alma, aún tierna, recibe fácilmente todas las impresiones que se quieran» y, por lo tanto, su alma va a recibir «impresiones contrarias en su mayor parte a las ideas que queremos que tengan en una edad más avanzada» (377a-b).

San Basilio recuerda el encargo inmenso de todo maestro y de toda la institución escolar, pues tiene bajo la responsabilidad el cuidado de los niños y jóvenes de nuestra sociedad. También la escuela de hoy debe cuidar todo lo que entra en ella, debe cuidar con esmero las imágenes y los ejemplos que pone ante los niños y adolescentes. También hoy hay que cuidarlos de ver y escuchar «todo eso de lo que uno se sonrojaría hasta contándolo acerca del ganado» (IV, 6). Es un llamado a la responsabilidad, pero también un llamado a tomar consciencia de la inmensidad de la labor.

Que la doctrina del Bien quede imborrable (II, 9)

¿Cómo educar en el bien? ¿Qué podemos hacer para que aquello que queremos para las nuevas generaciones no se quede en un mero sermón, sino que cale en sus vidas? San Basilio responde a estas preguntas y propone un proceso. Usa el símil de Platón de los tintoreros (*La República*, 429d), dice que la tela que quiere ser teñida de algún color debe ser previamente tratada para que, a la hora de recibir el tinte deseado, este pueda ser bien asimilado. Trasladando este ejemplo a la educación de los jóvenes, Basilio afirma: «Si se pretende que la doctrina del bien se nos quede imborrable, nos iniciaremos ya en lo profano para, luego, percibir los misterios de las sagradas enseñanzas» (II, 9). Se evidencia la necesidad de un proceso, que va de lo más externo a lo más profundo. La *paideia* griega no es un añadido, en el pensamiento del padre capadocio, la *paideia* es el comienzo en el proceso del conocimiento del Bien.

El bien se conoce por medio del ejemplo. Por ello es muy importante proponer buenos ejemplos, por ello son muy importantes mirar en las obras clásicas «las acciones o palabras de hombres buenos, para tratar de parecerlos lo más posible a ellos» (IV, 2). La enseñanza del mundo clásico debe presentar las acciones o palabras de hombres buenos e «invitar a todos a ser buenos» (V, 5).

Podemos ver también un eco de las enseñanzas platónicas, quien en «Fedro» recordaba que la misión del que enseña es «escribir con ciencia en el alma de quien aprende» (276a). El maestro está llamado a una misión inmensa: ayudar a que el Bien quede imborrable en el alma y en el corazón de los alumnos. La misión del maestro no consiste en dar contenidos, sino en formar a la persona. De allí que resulte esencial el compromiso con el otro. Salir al encuentro del discípulo y dar testimonio, con la propia vida, no solo de la existencia del Bien, sino de la necesidad misma de seguirlo.

Educar en la virtud

Dice Basilio que «no es poca ventaja que nazcan en las almas de los jóvenes una cierta familiaridad y habitual trato con la virtud» (V, 2). De allí la importancia del contacto con los clásicos, pues «toda la poesía de Homero es una alabanza a la virtud» (V, 7).

Enseña Basilio que la formación en la virtud necesita de la coherencia de vida, ya que:

[...] hacer públicamente esplendidos elogios de la virtud y extenderse en largos discursos sobre ella, pero en privado valorar el placer antes que la templanza y el poseer más antes que la justicia, eso yo al menos diría que es similar a lo que hacen los que interpretan obras en la escena. (VI, 4)

Como se puede notar, para San Basilio de nada sirve hablar de virtud si no hay un compromiso con ella. El mejor compromiso con la virtud consiste en el esfuerzo por vivirla, por hacerla presente en la existencia.

Aunque hoy se habla poco de virtud, vale la pena recordar que una manera concreta de recorrer y desplegar el camino hacia la humanidad de uno mismo es la vivencia de la virtud, que en términos generales se podría definir como «la elevación del ser en la persona humana» (Pieper, 1988, p. 15). La virtud es entendida como la máxima realización de la persona humana en el aspecto natural y sobrenatural. Para Pieper (1988, p. 15), «el hombre virtuoso es tal que realiza el bien obedeciendo a sus inclinaciones más íntimas». Vale la pena resaltar que el pensamiento clásico logró forjar y caracterizar una serie de virtudes a las que llamaría «cardinales» por la centralidad que tienen en la vida del ser humano y porque su vivencia conlleva al desarrollo de otras virtudes más. Dichas virtudes cardinales son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. El ejercicio constante de estas virtudes hará que la persona humana experimente el despliegue de su ser. Estas virtudes cardinales podrán crecer y hacerse vida en la medida en que se encuentren con la vitalidad de las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad, que son un don de la Gracia y una respuesta del ser humano al amor de Dios. La escuela es un lugar muy apropiado para que niños y jóvenes, a través de la dinámica del encuentro, recorran el camino personalizador de la virtud.

Método de discernimiento para los jóvenes y maestros

Al momento de enseñarles a sus sobrinos la manera concreta para acercarse a los autores del mundo griego clásico y extraer de allí lo mejor para la formación personal, Basilio propone un símil que se convierte en un método muy interesante para ser recorrido.

Propone como método lo que hacen las abejas en las flores:

- Lo primero que dice es que mientras que otros seres solo disfrutan el perfume y el colorido de las flores, «a las abejas les es dado también libar su miel» (IV, 8) y afirma, valiéndose del símil, con respecto al ser humano y su contacto con las obras clásicas, que «del mismo modo para quienes no persiguen exclusivamente el deleite y el placer de tales obras, hay también entonces la posibilidad de extraer de ellas un cierto provecho para su alma» (IV, 8). Una vez más se evidencia la mirada positiva de la *paideia* griega, pues en ella encontramos cosas provechosas para el alma. Por otro lado, podríamos evidenciar acá una mirada esperanzada y confiada del ser humano y de su capacidad de conocer: es capaz de superar la información de los sentidos y llegar a la esencia de las cosas. La persona es capaz de conocer. Este es un presupuesto de la filosofía realista hoy olvidado y muchas veces desechado por las posturas postmodernas.
- «Las abejas no van por igual a todas las flores» (IV, 9). La importancia de la sensatez para escuchar consejos que puedan ayudar a la distinción y a saber elegir. Dice Basilio que «casi todos los que tienen algo de fama por su sabiduría pasaron por hacer [...] un elogio de la virtud: en ellos se debe confiar» (VI, 1), por ello Hesíodo, Homero y otros son fuente confiable de enseñanza en la virtud. Estos grandes autores son las *flores* que más se deben visitar. Paradójicamente la cultura postmoderna tiene olvidadas las grandes obras clásicas y en algunos casos llama a revisarlas y corregirlas según los parámetros relativistas actuales. Resulta muy actual el criterio de Basilio. No olvidar que existen flores con más y mejor miel que otras.
- En las flores que se posan no «intentan llevárselas enteras, sino que toman lo que de ellas les conviene para su labor y el resto lo dejan hasta la próxima» (IV, 9). De cada flor se extrae lo necesario y lo mejor. De allí la importancia de la enseñanza de san Pablo a los tesalonicenses: «examinadlo todo, quedaos con lo bueno» (1Tes 5, 21). La enseñanza del apóstol, transmitida también por san Basilio, nos invita a la libertad. La opción del cristiano y del educador no es encerrar en una burbuja a sus alumnos. La *paideia* griega, con todas las cosas buenas y aciertos que tenía para la formación de los jóvenes, también traía criterios

errados y miradas de la realidad no cristianas. Las enseñanzas de Basilio nos alientan a acercarnos con la libertad de los hijos de Dios. Hoy nos enfrentamos a muchos retos para la educación, muchas posturas, por ejemplo, el desarrollo de las TIC y la inteligencia artificial. ¿Qué postura tomar? Usando el recto discernimiento al que san Basilio nos invita, también estamos llamados a tomar de ellas lo que «conviene a nuestra labor».

Por otro lado, en medio de la cultura de la velocidad e inmediatez en que vivimos, la impaciencia y el deseo de «tenerlo todo ya» es una actitud muy común, la enseñanza de Basilio nos ayuda a la mesura, al paso a paso. Los jóvenes viven estos rasgos de nuestra cultura y de diversas maneras experimentan sus efectos: angustias, tensiones, neurosis, incapacidad de frustración, etc. La misión del educador se torna en un reto inmenso. Ayudar a niños y jóvenes a vivir intensamente cada etapa de su vida, sin apresurarse ni adelantarse. Como diría san Basilio, ayudarlos a que tomen solo la miel que necesitan, dejando también para el futuro.

Actitudes del maestro

El comienzo de la carta a los jóvenes es una inmensa lección sobre quién debe ser el maestro, de aquello que lo mueve y de sus actitudes.

Atreverse a juzgar qué es lo mejor

«Muchos son los motivos que me incitan, hijos míos a aconsejaros lo que juzgo que es lo mejor y lo que será útil a la hora de escoger: es la confianza que tengo» (I, 1).

El maestro «juzga qué es lo mejor». Anteriormente se había mencionado la importancia de la formación en la virtud. En este comienzo Basilio está evidenciando la importancia de ser prudente. Juzgar lo mejor para poder elegir. Esta actitud implica también la toma de postura y el riesgo que ello implica. Se desprende otro aspecto esencial en la vida del maestro, y es la actitud de confianza como actitud vital. Hoy vivimos en una sociedad de la desconfianza, de la sospecha y de quien primero se sospecha es de la persona misma, de su capacidad para conocer la verdad, para orientar su voluntad

al bien, para donarse a los demás en el servicio. La actitud nihilista frente a la existencia hace imposible la labor del maestro.

Tener experiencia de las cosas humanas

«Haber sido partícipe de bastantes vicisitudes de uno y otro signo, de las que tanto se aprende, todo esto me ha dado la suficiente experiencia de las cosas humanas» (I, 2). Hoy vivimos en una época en la que se minusvalora al maestro y de hecho ya se busca no llamarlo así. Se prefiere llamarlo «facilitador», pues se cree que el maestro no tiene ni autoridad ni derecho para enseñar algo a alguien. San Basilio recuerda que la experiencia de la vida y la búsqueda de una vida buena hace que alguien pueda transmitir no solo conocimientos, sino algo que ayude al otro a crecer como persona.

Los jóvenes necesitan la seguridad del maestro, necesitan referentes, apremian quien les oriente y les ayude a iluminar el camino. Requieren maestros que los ayuden a encontrarse con la realidad. Para Luigi Giussani (2005), la personalidad de los jóvenes «crece en la medida en que se ahonda en una verdadera libertad de juicio y en una verdadera libertad de elección» (p. 38); sin embargo, para juzgar y elegir se necesita una medida, un criterio, y este no es otro que la «afirmación de la realidad originaria en la que nos forma la naturaleza» (p. 38). Si los adultos y, de manera particular, el maestro, abandona a los jóvenes y no les presenta la experiencia de la realidad, ellos intentarán crearla por sí mismos, «y la mayoría de las veces no será más que un abandonarse a las reacciones, un sucumbir ante fuerzas externas imprevistas, un ser arrastrado» (p. 38).

Brindar cariño y afecto

«El cariño que yo os dispenso no es en nada menor que el de vuestros padres» (I, 3). Uno de los fundamentos de la formación de niños y adolescentes es el afecto. La educación verdadera siempre se da en el contexto del encuentro entre persona y persona, en el compromiso de un maestro con su discípulo. Muchos años después de san Basilio, san Juan Bosco expresó con sabiduría pedagógica lo que implica la cercanía y la confianza en la educación. Decía el santo educador a sus discípulos que no bastaba con amar a los jóvenes, sino que era fundamental que se sintieran amados: «Que los jóvenes no solo sean amados, ¡sino que ellos mismos se den cuenta de que son amados!» (carta

de 1884 a la comunidad salesiana de Turín-Valdoco). Don Bosco, junto a san Basilio, enseña la importancia del amor real en la educación, que no se trata de preferencias o de cariño meloso y mimado, sino del amor real que necesitan los niños y jóvenes para crecer y madurar de manera segura. El santo educador también les había expresado a los directores de los colegios salesianos que los jóvenes necesitaban cercanía y palabras de aliento, les decía: «Pasa entre los jóvenes todo el tiempo que puedas y deja caer al oído, cuando la necesidad te lo aconseje, aquellas afectuosas palabras que tú sabes muy bien. Este es el gran secreto que ha de hacerte dueño de los corazones» (Bosco, 1995, p. 553). La cercanía y la confianza que surgen del encuentro se generan constantemente en la vida cotidiana, con palabras de aliento, en la corrección fraterna, en el consejo, en fin, en cada una de las ocasiones que se viven en la escuela.

Conclusiones

Basilio de Cesarea nos ofrece una mirada reconciliadora frente a la *paideia* griega. Supone una mirada positiva al ser humano y confiada en la gracia de Dios. El Señor es quien guía la historia de la humanidad y en su infinita sabiduría le confió al pueblo griego la misión de acercarse a la verdad mediante el ejercicio de la razón. Los griegos fueron capaces de comenzar a desentrañar muchas verdades antropológicas, epistemológicas e incluso teológicas de vital importancia. Basilio de Cesarea pudo ver en la *paideia* griega un elemento fundamental dentro de la historia de la salvación.

En san Basilio vemos que las palabras del apóstol san Pablo: «examinadlo todo, quedaos con lo bueno» (1Tes 5, 21) son una verdadera luz para relacionarnos con el mundo y la realidad. Basilio posee la libertad de los hijos de Dios que lo llevan a acoger las bondades de la cultura griega y también a señalar las cosas que veía con preocupación.

En medio de las grandes preocupaciones teológicas y sociales de su tiempo, el padre capadocio escribe una obra sobre educación. Podemos ver la importancia de la cuestión. La educación de las nuevas generaciones no es un asunto de poca monta, delegable a cualquiera. La educación de los jóvenes debe estar en el corazón de la reflexión filosófica y teológica. La buena educación de la juventud es una tarea fundamental de la familia, de la Iglesia y de la sociedad.

Pensar en la buena educación no consiste en dar fórmulas de uso fácil ni de recetas de aplicación casera. Mirar y reflexionar sobre la educación implica siempre la mirada a su fin último, al sentido, al ¿qué? y al ¿para qué? Hoy, en plena «emergencia educativa» y en medio de las llamadas «pedagogías nuevas», la integración lograda por san Basilio de la pedagogía clásica — manifestada en la *paideia* griega— y la luz vitalizadora del mensaje cristiano, se presenta como un foco que ilumina la vida y misión de los que asumen el cometido de educar niños y jóvenes en pleno siglo XXI.

Referencias

- Abbagnano, N., & Visalberghi, A. (2010). *Historia de la pedagogía*. Fondo de Cultura Económica.
- Basilio de Cesarea. (ed. 2011). *A los jóvenes – Exhortación a un hijo espiritual*. Ciudad Nueva.
- Basilio de Cesarea. (ed. 2015). *Reglas morales*. Ciudad Nueva.
- Barrio, J. M. (2005). Educar en un contexto deseducativo. Una reflexión acerca del desafío actual de la educación en Europa. *Educación y Educadores*, vol. 8, 161-171.
- Barrio, J. M. (2008). Sobre la llamada educación posmoderna. *Revista Española de Pedagogía*, LXVI (241), 527-540.
- Barrio, J.M. (2009). *El balcón de Sócrates*. Rialp.
- Benedicto XVI. (2007). Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma. Roma. http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2007/june/documents/hf_ben-xvi_spe_20070611_convegno-roma_sp.html
- Benedicto XVI. (2008). Mensaje sobre la tarea urgente de educar. Roma. http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione_sp.html
- Bowen, J. (2001). *Historia de la educación occidental. Tomo I: El mundo antiguo*. Herder.

- Didascalía Apostólica. (ed. 2010). *Constituciones apostólicas*. Ciudad Nueva.
- Enkvist, I. (2012). *La buena y la mala educación*. Encuentro.
- Enkvist, I. (2014). *Educación. Guía para perplejos*. Encuentro.
- Giussani, L. (2005). *El riesgo educativo*. Ciudad Nueva.
- Jaeger, W. (1996). *Paideia*. Fondo de Cultura Económica.
- Jaeger, W. (2020). *Cristianismo primitivo y paideia griega*. Fondo de Cultura Económica.
- Jerónimo. Carta CVII *Ad laetam de institutione filiae*. En: *Epistolario II* (ed. 1995). BAC.
- Juan Bosco. (ed. 1995). *Obras fundamentales*. BAC.
- Juan Bosco. (ed. 2004). *El sistema preventivo en la educación. Memorias y ensayos*. Biblioteca Nueva.
- Juan Pablo II. (1980). Discurso a la UNESCO. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1980/june/documents/hf_jp-ii_spe_19800602_unesco.html
- Maritain, J. (2003). *La educación en la encrucijada*. Palabra.
- Marrou, H-I. (2004). *Historia de la educación en la Antigüedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Manzano, T. (1998). *Basilio de Cesarea. A los jóvenes. Sobre el provecho de la literatura clásica*. BCG.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro*. Kats.
- Pieper, J. (1988). *Las virtudes fundamentales*. Rialp.
- Platón (ed. 2014). *Diálogos*. Tomos I y II. Gredos.
- Postman, N. (1999). *El fin de la educación*. Octaedro.

Pring, R. (2016). *Una filosofía de la educación políticamente incómoda*. Narcea.

Ramos-Lissón, D. (2005). *Patrología*. EUNSA.

Taciano de Asiria. (ed. 1996). Discurso a los griegos. En: *Padres Apologetas Griegos*. BAC.

Tertuliano. (ed. 2001). *Prescripciones contra todas las herejías*. Ciudad Nueva.